

AÑO XX.—NÚM. 5627.

10 DE MARZO DE 1880.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Miércoles 10 de Marzo de 1880.

ESCUELAS DE PARVULOS.

SU ORIGEN, UTILIDAD E INFLUENCIA EN
LAS COSTUMBRES.

I.

Al hacer la reseña de la solemne distribución de premios adjudicados a los niños por la junta local de instrucción primaria, manifestamos estar perfectamente conformes con las ideas emitidas en la Memoria leída al efecto, y en particular con el establecimiento de las escuelas de párvulos, de que ofrecimos ocuparnos más estensamente.

Estas escuelas, ha tiempo reconocidas como de gran utilidad por todo el que se ha dedicado con interés a la educación del pueblo, debieron su origen a un rico fabricante inglés, promovedor entusiasta e infatigable de las mejoras sociales, que concibió la idea de un establecimiento para mejorar el carácter del hombre, y dueño de una inmensa fortuna, fundó a sus espensas varias escuelas de esta clase, que se abrieron en New-Lanark el año 1816, recibiendo en ellas a los niños pequeños de los trabajadores de sus grandes fábricas. Conoció la luego esta institución en toda Europa y parte de América, y considerado su objeto y mecanismo como un verdadero adelanto para el desarrollo fácil de la educación, Francia, Italia, Austria, Prusia, Holanda, Bélgica y América, se apresuraron a crear escuelas de esta clase, si bien con distintas denominaciones.

España también, apesar de los azares de una guerra civil, que tantos obstáculos oponía a los progresos de la razón, tuvo un ministro celoso por la instrucción pública, que penetrado de la necesidad de perfeccionar la 1.ª enseñanza, encargó a los jefes políticos en Agosto de 1836, por medio de una circular, el establecimiento de estas escuelas en sus respectivas provincias; pero desgraciadamente no pudo realizar este tan laudable propósito por las circunstancias siempre críticas que la Nación atravesaba.

Por fin, una Real orden de 24 de Mayo de 1838 confió a la Sociedad Económica Matritense la formación de una asociación destinada exclusivamente al establecimiento y propagación de estas escuelas, y tan notorios fueron el celo y acierto desplegados por la ilustre Sociedad en el desempeño de su comisión, que en 4 de Agosto de 1839 contaba la asociación 582 individuos suscritos por 1320 acciones, quedando establecidas cuatro escuelas, dispuestas a admitir un número aproximado de

400 niños, tanto interés e inteligencia en sus trabajos colocaron en poco tiempo a las escuelas en tan brillante estado, que podían muy bien competir con las mejores del extranjero. Ninguna Nación ha hecho tanto en circunstancias tan difíciles. Ningun pueblo en tranquilo y próspero estado social ha hecho más que nosotros en tan corto espacio de tiempo. El resultado que en todas las Naciones ha ofrecido esta institución, no ha podido ser más satisfactorio.

En estas escuelas no se dan reglas para aprender un ramo determinado de la instrucción, ni se dedican a los tiernos niños a ejercicios mentales, que sería un trabajo prematuro y perjudicial a su naciente inteligencia; pero aprenden sin esfuerzo, jugando, a hacer buen uso de sus facultades intelectuales y a obrar y discurrir como seres dotados de razón. Reciben toda la instrucción de que a su temprana edad son capaces, por un método tan sencillo, como agradable para ellos, y se observa generalmente que su suficiencia es mayor de lo que se puede esperar de su cortísima edad. Adquieran hábitos saludables, elementos de saber que han de serles muy útiles en su instrucción posterior y esa especie de conocimientos que formando la base de una buena educación, perfeccionan en lo posible el carácter del hombre. Cuanto más observamos en el terreno práctico un rescuela de párvulos, más admiramos su institución, y menos capaces nos hallamos de dar una definición que la haga comprender bien. Es preciso verla y examinarla para apreciar su valor. Es necesario observar el desarrollo progresivo de la infantil inteligencia, de su inclinación y sentimientos sometidos insensiblemente a un bien estudiado régimen y a una disciplina especial que sin molestarlos, facilita su dirección.

En estas escuelas todo es nuevo; nueva la especie de discípulos; nuevas las materias de enseñanza y nuevo el método que se sigue.

Sabido es que las primeras ideas adquiridas en la infancia son las más duraderas, así como las más influyentes en las que adquirimos después. No admite duda que una temprana educación encierra el germen que ha de desarrollarse más tarde en forma de virtud ó vicio en un individuo; y sin embargo, se observa un lamentable abandono en esa educación temprana de los niños, en todas las clases de la sociedad en general.

Las más acomodadas, por razón de la posición que ocupan, ó por otras causas, menos justificadas, confían sus pequeños hijos al cuidado de criados ignorantes que no pue-

den alcanzar la importancia de su misión, dejándolos contraer resabios y malos hábitos que después en las escuelas son muy difíciles de corregir. Las que lo son menos, cuyas madres pueden vivir sin trabajar y no confían a nadie el cuidado de sus hijos, no reciben por desgracia, la educación necesaria para transmitirle a sus niños. Las escuelas de párvulos han venido a suplir la falta de aptitud de las madres, en la parte posible, y con notables ventajas. Un niño de dos ó tres años, que va a la escuela por la mañana y en ella pasa el día, en unión de otros de su edad, con los que juega, a los que toma cariño y cuya compañía acaba por desear, se va desarrollando física é intelectualmente sin caprichos, sin exigencias impertinentes, hijas de contemplaciones de la familia, y sin correr los riesgos de perjudicar su salud, ni sufrir castigos ni reprobaciones de ningun género, estando bajo la dirección y cariñoso cuidado de personas de reconocida aptitud para esta importante y delicada tutela.

La gran masa de la clase pobre, que por la ignorancia en que vive, y su carencia de recursos, es la más digna de atención, reporta de esta institución incalculables ventajas.

La madre que deja por la mañana a su niño ó niños en estas escuelas, puede ocuparse tranquilamente en los quehaceres de su casa, ó adquirir con un trabajo lícito, medios de alimentar su familia, ó ayudar a su marido, aumentando recursos para atender a sus obligaciones. Donde no existen estas escuelas una mujer laboriosa se ve obligada a quedarse en su casa cuidando de sus hijos, a dejarlos encerrados, si sale, en una miserable habitación, sujetos a mil peligros. Y si los deja abandonados en la calle, que es lo más frecuente, corren el riesgo de ser atropellados, maltratados por otro, y lo que es peor aun, espuestos a malas compañías, que les hagan adquirir hábitos perniciosos y malas costumbres de otros niños mayores, y aun de personas adultas, criadas del mismo modo.

Las escuelas de párvulos llevan su influencia al seno de las familias de una manera indirecta, pero con admirables resultados. No hay padre por depravado que sea que no quiera que su hijo sea bueno, y no oiga con gusto los elogios que de él hacen otras personas. Desde la creación de estas escuelas, se ha observado que muchos padres al parecer incorregibles, movidos del ejemplo que de continuo les ofrecen sus tiernos hijos, han ido por sí, modificando poco a poco sus costumbres, como avergonzados ante los buenos hábitos que ven en ellos. Prueba consoladora de que los sentimientos natura-

les de padre sobreponiéndose a su crasa ignorancia, no pueden permanecer indiferentes a los progresos morales de un niño de cuatro ó cinco años. El efecto inmediato que esto produce en el aumento de amor hacia sus hijos, naciendo en ellos la idea que nunca hubieran tenido de que la mejor herencia que pueden legarles es una buena educación que los libere de las desgracias que ellos. No hay beneficio mayor para un niño de corta edad, que el separarle del mal ejemplo doméstico, así como para los padres, el proporcionarles un buen ejemplo en sus hijos, si por estos medios logramos hacer buenos hijos de familia, continuando su enseñanza del mismo modo, tendremos buenos esposos, buenos padres y buenos ciudadanos.

La necesidad de esta reforma para mejorar las costumbres públicas y prevenir los crímenes, hijos de la ignorancia, en la mayor parte, no se ha ocultado jamás a los legisladores. Las costumbres adquiridas en la niñez constituyen sustancialmente la moral del hombre; y declinan por lo tanto de su probidad ó perversidad individual, y del bienestar general.

Concluiremos trasladando íntegramente la opinión sentida sobre este punto, por uno de los hombres más célebres por la estension de sus conocimientos en la jurisprudencia civil y criminal. «Si en los años más críticos de su vida, dice, los sentimientos y la razón del niño se acostumbra únicamente a principios virtuosos, é impresiones puras é inocentes, será casi imposible que tome el camino de los vicios, porque estos serán de todo repugnantes a su modo natural de existir. Así que si comenzamos la educación de la niñez en su edad más tierna, será el medio seguro de disminuir los crímenes de la sociedad. Que el niño contraiga el hábito de mirar la verdad como un deber sagrado; de respetar escrupulosamente la propiedad de los demás; de abstenerse de actos temerarios, de improvisión, etc. y estará tan poco dispuesto a estafar, robar ó mentir, como a arrojarlo a un elemento en que no pueda respirar.

Miscelánea.

LOS OZARES RETIRADOS.

Con motivo de haberse conferido tan amplias facultades al general Loris-Melicoff, presidente de la suprema comisión ejecutiva de San Petersburgo, y de la noticia de que el czar se retira temporalmente al Tirol, es oportuno recordar que sólo un caso análogo se registra en la historia del imperio ruso.